Y acabó como tierna maravilla
Que msútia muere al despertar la aurora.
Luna de Octubre serena,
Que en tu reluciente carro
Cercada de estrellas, mides
Con lento giro el espacio;
Cuando en el zenit suspensa
Alumbres el lugar santo,
Do reposan las cenizas
De un bien que me fué tan caro,
Por entre las suaves flores
Y los verdes pinos altos
Que con su sombra cobíjan
Aquellos restos sagrados,
Introduce misteriosa
El más puro de tus rayos,
Miéntras las ramas tendidas
Agita el céfiro blando,
Una guirnalda preciosa
De las que ostentan tus campos,
Manda en él, y una avecilla
Que entone fúnebres cantos,
Que la cuente, como tengo
En el alma su retrato,
Y que ni la cruda muerte
Ha podido separarlo:
Que ni la eternal ausencia
Ni el tiempo, me han estorbado
Felicitar su memoria
En la aurora de su santo.
¡Santo que con ella un día
Me fuera tan dulce y grato...!
Y desde que ella no existe
Es sólo un recuerdo amargo.
Verás entónces de la huesa fría,
Circuida del célico fulgor
La sombra alzarse de la prenda mía
Para escuchar los versos de su amor.
Y al terminar el ave peregrina,
Mis trovas en sus labios sonarán,
Como en Selma los ecos de Malvina
Recitando los cánticos de Osian.
Y admirarásla, de virtud portento
Descollar en el fúnebre jardin,
Bella como la flor del pensamiento,
Suave como el aroma del jazmin.
Fué su existir cual tierna tortolilla
Que en el nido se mira perecer;
Rápida exhalación que prende, brilla,
Y vuela, y muere al punto de nacer.

Salpica con mis lágrimas su manto,
Y en perlas convertidas las verás:
Yo no tengo que darla sino llanto,
Ni ella en la tumba necesita más.
Cuéntala ¡oh Luna...! mi dolor profundo,
Y al bien dirás que mísero perdí,
Que desde que ella desertó del mundo,
El mundo es un fantasma para mí.
Dila que aun muerta, cumplo sin engaños
La pasión inmortal que la juré,
Y que si por mi mal vivo mil años,
Mil años su memoria guardaré.
Así, Luna de Octubre, las regiones
Recorras con peremne magestad,
Oigas léjos rugir los aquilones,
Y tronar á tus piés la tempestad.
Y así, cuando el reloj suene
Que el postrer suspiro anuncia;
Cuando la insensible tierra
Mi exánime cuerpo cubra,
Alegres nuestras dos almas,
Como visiones nocturnas,
Danzaremos con las hadas
En el festin de las tumbas.
De sahucos amarillos,
Adelfas, y verdes tuyas,
Te brindaremos coronas,
Reina de la noche augusta.
Tú eres antorcha del cielo,
Faro inmenso de luz pura,
Lámpara aérea, que Dios
Colgó en la suprema altura.
Melancólica deidad,
Que acompañas la tristura
De los finados, y afable
Su tétrica estancia alumbras;
Ya que solo á tu presencia
Los muertos andar no escusan,
Por que sus hechos no cuentas,
Ni sus escursiones turbas,
Dá mis recuerdos á Fela;
Duélete de mis angústias
Y yo cantaré tu gloria
En blanda cítara ebúrnea;
Pero con tan dulces metros,
Que te adoren, sacra Luna,
La generación presente,
Y las edades futuras. (6)

LA MALVA AZUL.

En la sentida muerte del poeta cubano José María Heredia.

¡Ay! dejad que la humilde musa mia
Dé mirtos á su cítara hechicera
Y tierno llanto á su ceniza fria.
J. N. GALLEGO.

Hijos... adiós. Cara esposa,
¡Adiós...! Adorada Cuba,
Adiós por siempre, que guardas...
¡Es ella...! ven sombra pura
De mi idolatrada madre,
Ven... dame tu mano augusta:
¡Ay...! abrázame... y desciendo
Tranquilo á la sepultura.
Y tú, mi querida pátria,
Antilla hermosa y fecunda,
Oye los votos postreros
De tu bardo el sin ventura.
Verme otra vez en el mar
No quiso la suerte injusta,
Para espirar *en tus campos*
Edén de eterna verdura.
Y al dormir el postrer sueño
Oir en la noche oscura
Al príncipe de tus vates (7)
Cantar del Cuzco la Luna.
Mas ya, pátria, que en tu ausencia
Por siempre el Sol se me nubla,
Oye los votos postreros
De tu bardo el sin ventura.
Sagrado Pan, que en las nubes
La soberbia frente ocultas,
Ultima tierra que ví,
Del Mar sobre la llanura,
Dame una lágrima sola,
Que yo por tí regué muchas
Cuando te perdí de vista
Entre las blancas espumas.
Délio y Desval, (8) claros cisnes,
Cuyas liras de oro ilustran
Vuestros nombres colocados
En el templo de las musas,
Llorad, que al morir Fileno
Para abrazaros os busca,
Y no os encuentra, y espira.
Pidiéndoos llanto en su angustia,
¿Seréis sordos á mi ruego?
¿Cuando la tierra me cubra,
Vuestra amistad y mi gloria
Morirán conmigo juntas?
¿Y qué, no dará otro cisne
De tantos que el plectro pulsan,
Ni un verso para mi muerte,
Ni una flor para mi tumba?
Sí... cantarán... yá los himnos
Estática el alma escucha...
Oís...! oís...! Madre...! amigos...!
Delio...! Desval...! adiós... Cuba...!

Dijo Fileno, y espiró... Sonaron
Sus postreros acentos en mi oido...
«¡Del Niágara el cantor ha perecido.»
Mil tristísimos ecos exclamaron,
Y viendo que los cisnes no cantaron,
Voló un genio fatal de gozo henchido;
Pero un bello querub el cielo envía
Que al genio ciñe entre celages rojos
Y detiene su vuelo, en cuyos ojos
De gloria el fuego sacro-santo ardía.
Del cabello aferrado
Con la fuerte siniestra
—«¡Tente mónstruo! gritó, ¡suelta, malvado!»
Extendiendo la diestra,

Y su nombre querido
Arrancó de las garras del olvido.
Volvióse á los cubanos trovadores
Y prosiguió con celestial acento:
—«Salud y bendición á los cantores
Que á este nombre con plácido contento
Dén suspiros y lágrimas y flores;
Y á maldición eterna de hoy condeno
A todo el que no miro
Colocar en la tumba de Fileno
Una flor, una lágrima, un suspiro.»
Fuése, despareció. Yo le escuchara;
No empero mi alma menester había
Para llorar sobre su losa fría
Que un anatema el ángel pronunciara;
Pues de Fileno amante
Por sublime y oculta simpatía,
Antes que el himno funeral levante
A la mansión suprema,
Ansío tambien que caiga el anatema
De eterna maldición al que no cante.
Dadme una flor, ¡oh vírgenes de Cuba!
Que no ostente lascivia en su belleza,
Ni su aroma al dosel de la grandeza
El aire en torno perfumando suba.
No alegre rosa que despida olores
Me deis, vestales, porque Cuba hermosa
Ya más no escuchará la sonorosa
Lira que un tiempo suspiraba amores. (9)
Quiérola pura, cándida y sencilla,
Que un verso de Fileno me recuerde,
Nunca envidiosa, ni envidiada, y verde
Como los montes de la bella Antilla.
Quiero la malva-azul, porque le place
Ocultando sus gracias peregrinas,
Habitar en las tumbas y en las ruinas.
La que silvestre en los sepulcros nace,
La que para gozar dichas secretas
Desdeñando el jardin con juicio raro,
De los muertos lamenta el desamparo,
Y acompaña el laud de los poetas.
Ven, flor preciada, y á mi lira triste
Acompaña en su cántico de duelo,
Hasta el fin de los siglos; ya que el cielo
Con su color de eternidad se viste.
¡Ay! que tú eres de Fileno
Fiel trasunto, imágen viva,
Porque en apariencia mueres;
Mas tu simiente esparcida
Reproduciéndote, en breve

Naces de tu virtud misma,
Sin más cultivo que el Sol
Y el alba que te rocía.
Así el cantor de «las sombras»
Y de la «Melancolía»
Torna en sus obras cual Fénix
A nacer de sus cenizas.
Si al morir demandó flores,
Lauro y flores merecía.
Ven, acércate, flor bella,
A mi pecho y á mi lira,
Y deja que con mi llanto
Estas endechas inscriba:
Llanto que nunca perece
Y es de esencia tan divina,
Que cuando le mata el mundo
En el cielo resucita.
¡Salve! cenizas yertas
Del poeta que mora
Las estrelladas bóvedas desiertas
Do sólo el alba llora,
Donde es eterna la rosada Aurora.
¡Salve! sepulcro frío,
Mil veces venerando,
Del vate que nació con astro impío
Dulces versos cantando,
Del infelice que vivió llorando.
¡Salve! asilo profundo,
Del que sensible, humano,
Corrió engañado por el Nuevo Mundo,
El mar, la selva, el llano,
Tras de felicidad, fantasma vano.
No más su pátria hermosa
Oirá la melodía
Del que triste, con cítara armoniosa
Cantó *Melancolía*
En dulce trova, *cuando Dios quería.*
Ni extasiando las almas,
Escucharán su lloro
La voz de sus arroyos y sus palmas (10)
Ni en lamentar sonoro,
Los tonos blandos de su lira de oro.
Ni el eco en la espesura
Doblará sus gemidos;
Ni aquella languidéz modesta y pura
Con que en metros pulidos
Hablaba al corazón, no á los oidos.
¡Murió Fileno! cuando
Tornaba al pátrio puerto,
Cual ruiseñor que al nido regresando
Baja del aire, muerto,

Y le cubre la arena del desierto.
Mas ¡ay! que solamente
Brindar puedo á su historia
Una flor melancólica, inocente,
Versos á su memoria,
Llanto á su muerte, y á sus cantos gloria.

A LA MEMORIA DEL S.R TOMAS GENER.

Dedicado á su Hijo Don Benigno.

Venerando lugar dó inertes yacen
Las cenizas preciosas
De un ilustre varón, yo te bendigo
En trovas lastimosas,
Y mil veces feliz, si ornar consigo
Su helada huesa de fragantes rosas.
¡Mísero aquel que espira y ha pasado
Por el breve transcurso de la vida,
Del mundo y de los hombres ignorado,
Cual sierpe que arrastrándose escondida,
Vive y perece, de su cuna al lado!
¡Ay del mortal que ufano en su opulencia
Se adormece en la inercia despreciable,
Y esquiva las virtudes y la ciencia,
Sin practicar jamás acción loable
Que recuerde á los hombres su existencia!
Ellos tendrán, viviendo, aduladores,
Y al morir, herederos; mas aquellos
No alcanzarán que corazones bellos
Viertan en su sepulcro llanto y flores,
Y aunque allí fijen su marmóreo busto,
No á bendecirle llegaráse el justo
Ni le irán á cantar los trovadores.
Pero á tí, que del saber
Prudencia y honor dechado
Brillaste, siendo en la vida,
Como en el jardin el nardo;
En tu funeral mansión
Verterán los buenos llanto,
Los pueblos cándidas flores,
Suaves aromas los campos.
El alba regará perlas
Tu pureza recordando,
Y cantarán en tu losa
Tristes endechas los bardos.
No soberbios mausoleos
Con blasones relievados
Te alzarán, propios emblemas

De sátrapas inhumanos;
Porque en cada corazón
Tu nombre estará grabado
Con caractéres de fuego
Mejor que en bronce y en mármol.
Unas tras otras irán
Generaciones pasando;
Mudaránse las costumbres,
Volarán los siglos ráudos;
Mas es del genio atributo
Sobrevivir á los astros,
Y la virtud no perece,
Aunque torne el mundo al caos.
Si un tiempo tus descendientes
Llenos de noble entusiasmo,
Formar de su alcurnia quieren
El genealógico árbol;
Pintarán en campo azul
Un verde laurel lozano,
De cuyo fecundo tronco
Partan diez pomposos ramos,
Que un medio círculo formen
Con sus extremos gallardos,
Y una letra en cada punta,
Que lanze de luz un rayo.
«Tomás Gener» dirá el lema,
Y será timbre más alto,
Que lises, llaves, castillos,
Bandas y moros, pintados.
Feliz quien como tú, cuando sucumba
No ha menester fastuoso simulacro,
Per ser su nombre el obelisco sacro
Que se levanta al Sol desde la tumba.
Bendiciones sin fin, mortal egregio,
Que impertérrito, ardiente, defendiste
La Santa ley, y luego feneciste
Tras tí dejando, como el astro régio
Al hundirse en los mares de occidente,
Ancho rastro de luz resplandeciente.
¡Ay! ¿porqué te negó la suerte impía
Que en la hora triste de partir, postrera,
Aliviase Varela tu agonía,
Y los adioses últimos te diera
Tu compañero en la degracia un día?
En tu sentir, los pueblos y los hombres
Eran como ante Dios, todos iguales.
Títulos, oropeles y renombres,
Fueron vanas é inútiles señales.
Solo supiste ajeno de ilusiones
La grandeza medir por las acciones.

Salve, y en paz quedad, relíquias yertas,
Ni el olvido fantástico os asombre,
Su alma mora el Empíreo, y yá su nombre
De la inmortalidad cruzó las puertas.
No podrán la calumnia y la impostura
Empañar de su gloria el alto precio,
Y si un lábio pretende torpe y necio
Mancillar su opinión sincera y pura,
Le acusará de falso el Universo,
Llamarále impostor la edad futura.

A LA MEMORIA DEL VALIENTE CAPITAN DON FRANCISCO DE JUSTIZ.

Pálido y yerto, como el mármol frío
Que cubrirá su cuerpo en breves horas,
Descansa helado en túmulo sombrío
El que en medio de balas silbadoras,
Como flor salpicada del rocío,
Del Mayo saludando las auroras,
Se vió en la lid, de muertes rodeado,
Y salió de laureles coronado.
Yace en eterno sueño descansando,
El que en mitad del belicoso estruendo,
Viera á su hermano perecer lidiando,
Y su memoria eternizó venciendo.
Absorta le miró la muerte, cuando
Sobre él su manto funeral tendiendo,
Al guerrero finó que sin mancilla
Sustentó los pendones de Castilla.
Y Cuba le contempla desolada
Bajar inerte á la profunda fosa;
Cual suele al silvo de tormenta airada
Caer marchita la fragante rosa,
O del súbito rayo arrebatada
Pierde la palma su corona hojosa;
Dejando al campo sin su flor divina,
Y sin su reina al prado y la colina.
Su alma voló cual ráudo meteoro
A la mansión del Sér Omnipotente;
Mas nó de sus acciones el tesoro
La oscura tumba guardará inclemente,
Su nombre grabará con signos de oro
Veráz la historia, y el laurel luciente
Que á sus sienes ciñera la victoria
Jamás saldrá del templo de la gloria. (11)

UNA LÁGRIMA.

En la tumba del S.r Francisco Jimenez.

Lugar tétrico y sagrado,
Fin de las humanas dichas,
Que á contemplar viene el bueno,
Y dó el criminal se humilla,
¡Oh campo! yo te saludo
Con aquella voz sumisa
Y el santo recogimiento
Que tu soledad me inspira.
Y tú, mortal venturoso,
Que en el alto Empíreo habitas,
Deja que viertan mis ojos
Tierno llanto en tus cenizas.
No vengo á insultar tus manes
Ni á echarte mármol encima,
Que al que fué justo viviendo,
Le sobra su virtud misma.
¡Cuántos que vivieron mónstruos,
Efigies dejaron ricas...!
Los imbéciles presumen
Que el mármol inmortaliza...
¡Oh furor de los perversos...!
Aun despues de muertos lidian
Por oprimir á la tierra
Con su maldad inaudita;
Mas cuando la final trompa
Del mundo sobre las ruinas
Hiriendo el aire, tres veces
«¡Muertos, á juicio...!» repita;
Ante el Juez Supremo entónces
No valdrán soberbias piras
Para encubrir el horror
De sus bárbaras perfidias.
¿Con pomposas inscripciones
En oro y bronce esculpidas,
Que sólo poder arguyen,
Retorna el hombre á la vida...?
¿Dó están los héroes que al mármol
Trasladó el cincel de Fidias?
¿Dónde los dioses de Grecia,
Ménfis, Cartago y Palmira?
Todo pereció! mas vive
Aún el eco de las liras
Conque Virgilio y Homero
Cantaron glorias divinas.
Las canciones de un poeta
Conserva el tiempo y admira;
Miéntras mármol bronce y oro
Con sus plantas pulveriza;
Y las lágrimas del vate
Cabe la losa vertidas,
Como del alba las perlas
Renuévanse á cada día.
Recibe pues, muda losa,
Aquestas lágrimas mias,
Que mi hondo pesar recuerden
En tanto que el orbe exista.
El honor era tu astro,
La virtud fué tu divisa,
Tu estandarte la razón,
Y tu deidad la justicia.
¡Salve! tumba venerada,
¡Salud! inertes cenizas,
¡Adiós! y acoged el llanto
Del vate que nos visita:
Así jamás os remuevan
Manos profanas é impías,
Ni más que vosotras duren
Las pirámides egipcias.

EL LLANTO DE DESPEDIDA.

24 de Octubre.

Adiós por siempre, dulce Fela mía,
Mi bien, mi corazón, mi amor, mi cielo:
Fué un tiempo en que solía
Decírtelo con harto desconsuelo
Para tornar á verte al otro día.
Mas ahora ¡dura estrella!

Ni apriétasme la mano al despedirme,
Ni de tu boca bella
Recibo el beso amante,
Ni tu amoroso pecho palpitante
Estrechar puedo con afables brazos,
Ni tus gracias divinas
Consuelan mi pesar y mi amargura;
¡Ay cómo vuela el tiempo de ventura!
Voló ya la alegría
Que un tiempo fué mi gloria,
Y una triste memoria
Me dejas ¡ay! amor.
No más la prenda mía,
Mi prometida esposa,
Me halagará amorosa
Calmando mi dolor.
La peste destructora
En los antros del Tártaro abortada
Por furias infernales
Con saña asoladora
Para asombro y dolor de los mortales;
Esa cruel, homicida,
Bárbara, injusta, inexorable y fiera
Con ímpetu tenaz cortó la vida
De mi cándida y linda compañera.
Ya para mí no hay gloria,
Todo mi bien llevóselo la muerte;
Triste recuerdo la fatal memoria
Píntame sólo de mi adversa suerte;
Pues la pasada historia
Paréceme ilusión corrida en sueño,
Y despertando del letal beleño
Al golpe de la Parca furibundo,
Atónito y lloroso considero,
Que cual brilla el relámpago lijero
«Así pasan las glorias de este mundo.»
Cual fresca rosa en Mayo,
No bien brilla argentada,
Cuando cae deshojada
Del bárbaro Aquilón;
Así súbito rayo
De la Parca homicida,
Cayó en su cara vida
Y abrió mi corazón.
¿Quién podrá consolar mi aguda pena
Cada vez que á mi vista dolorida
Parezca objeto alguno que recuerde
La ante-gloriosa vida
Que al dulce acento de mi prenda amada
Gocé...? mas ¿qué gocé? no gocé nada:

Esperanzas no más, nunca contentos,
Y si algunos instantes de alegría
Hurtarle pude á los sañudos hados,
¿Pueden con el dolor ser comparados
Que siente en este trance el alma mía?
Nada respeta la segur airada
De la muerte cruel: ni la hermosura,
Ni la virtud preciada;
Todo lo hunde en la tiniebla oscura
Eterna é insondable,
Que sólo al tiempo descubrir es dable
Por más que el hombre escudriñar procura.
¡Veinte y cuatro de Octubre! núnca, núnca
Pasarás sin que llore el alma mía
Con tanta exaltación cual otro tiempo...
«¡Tiempo dichoso cuando Dios quería!»
Me llenabas de júbilo y de gozo
Y de tierno placer y de alborozo,
Por ser de Fela el venturoso día.
Ya más no podré verte tan hermosa,
Cual la aurora risueña,
Y con faz halagüeña
Danzar al són del arpa sonorosa;
Ni brindar expresiva
Por la salud de tu adorado amante,
Y en tono alegre, con gentil semblante
Repetir inocente: ¡Viva! ¡Viva!
Empero, ¡día precioso!
Un velo tengo como el alma hermoso
De nevado color ¡Ay...! este velo...!
Era muy estimado de mi amada;
Él adornó la frente de su cielo,
Que serena cual luna en madrugada
Llenaba de luz pura
Prados y valles en la noche oscura;
Y una simple sortija
Sin otro adorno raro
Que un corazón dó la verdad se fija.
¡Recuerdo harto precioso!
Y una y mil veces para mí más caro
Que el gran diamante del Brasil famoso.
Estas dos prendas guardaré amoroso,
Y cuando en medio del otoño vuelvas,
Melancólico, tardo y perezoso,
De Cuba fértil por las anchas selvas,
Tomárelas llorando,
Y pasaré cercado de dolores
Al sepulcro de aquella
Que aun muerta vivo amando,
Y regaré con lágrimas y flores
La tumba dó reposan mis amores.

Luego que torne á mi morada triste,
Cabe la mesa, purpurina rosa
Pondré, y el mirto verde
Como corona con que amor se viste,
Porque su vista hermosa
La imágen adorada me recuerde.
A la derecha añadiré un cubierto,
Y una silla de adelfas adornada:
Ella estará sin duda allí sentada,
Y la diré que para mí no ha muerto.
Y cuando el negro manto
Tienda la noche oscura,
¿Dónde hallaré ventura
Que temple mi aflicción?
¿Quién á mi amargo llanto
Querrá prestar consuelo?
Sol, tierra, mar y cielo,
Sentid mi confusión.
No ha muerto, y es verdad: miéntras yo viva
Existe intacto mi querer constante.
El cuerpo es sólo inútil perspectiva
Para el ávido amante;
Las almas generosas
Amanse solamente por amarse,
Y aun después de la vida son dichosas.
¿Pues qué? dos invariables pensamientos,
Que en secreto su afecto adivinaron,
Y un eterno querer se consagraron
Aun ántes de decirse sus intentos,
Dos almas que formó naturaleza
Iguales, aunque en sexo diferentes,
Dotadas de simpática terneza
Y con extremo ardientes,
Qué á pesar del disfraz que las cubriera
De la figura humana,
Siempre se hablaron la verdad sincera.
Libres ya de esta forma engañadora
En la region donde el Eterno mora,
¿Podrán dejar de verse?
Y si hay resurrección, cual asegura
Del Evangelio Santo la Escritura,
¿Podrán ¡oh Dios! dejar de conocerse?
Nó, no es posible que la cruda muerte
Desfigure de Dios la semejanza:
Cristiano soy, y vivo en la confianza
De morir, y tornar por siempre á verte.
Pero en tanto que llega
Momento tan dichoso,
No puedo hallar reposo
Sin escuchar tu voz:

Mi amor, en llanto riega
Tu ya cadáver frío,
Adiós, corazón mío,
Adiós por siempre... Adiós.

A P. G.

En la muerte de Fela.

Bajo esta seiba sombría,
Sobre la mullida grama
En que otro tiempo solía
Brillar mi amorosa llama
Pura cuando Dios quería;
Aquí, donde pasé ufano
Múchas mañanas de estío,
Siestas de invierno tirano,
Las tardes de otoño umbrío,
Y las noches de verano:
Aquí, estimado Pilar,
Como amigo verdadero,
En lúgubre lamentar,
Que me acompañes, espero,
Mis desdichas á llorar.
Yá murió! yá murió, sí,
La-fé que el mundo envidió,
La estrella con que nací,
¡Ay! yo la ví que espiró...
Yá murió... ¡triste de mí!
Ya los pájaros cantores
No darán músicas bellas,
Ni danzarán los pastores,
Ni el cielo vestirá estrellas,
Ni la Primavera flores.
Ni los simples tomeguines
Vendrán por vella en la fuente;
Ni ella al verme en los jardines
Orlará grata mi frente
De claveles y jazmines.
Aquella púrpura fuerte
De sus labios; la belleza
De sus ojos que por suerte
Encendió naturaleza,
¡Ya es despojo de la muerte!
Aquella frente agraciada,
En cuya forma hechicera
Tuvo el placer su morada,
Tornó á lo mismo que era
Antes de ser engendrada.
Pero la pasión crecida
Que Fela me profesó,
Esa sí que la atrevida
Muerte no la arrebató,
Pues que me dejó con vida.
Aunque no con vida entera
Faltando el bien de mi gloria;
Mas con tu amistad sincera
Aguardo que su memoria
No tan facilmente muera.
Yo sé, Pilar, cuanto hacías
En obsequio de mi amada,
Y que amistad le tenías,
Y algo más; pero así en nada
Mi honor ni el tuyo ofendías.
Por ser cosa natural,
Que unánimes dos estén,
Y no porque en caso tal
Quisieras tú á Fela bien,
Debo yo quererte mal.
Antes al contrario, opino
Que por la amistad llevado
Y el amor á tal destino,
De dos causas impulsado
Será tu llanto más fino.
Nuestra situación retrata
Dos cazadores, que en vano
Corren para ver quien mata
La paloma, y un milano
A sus ojos la arrebata.
Solo una pluma dejó;
Córtala y mójala en hiel,
Y acuérdame que murió,
Porque el milano cruel
De la parca, la robó.
Y llórame, que llorando
Quedó al pié del grueso tronco,
Y á lo lejos resonando
Está el mar con ruido ronco,
Y los truenos estallando.
Y en la inclemencia del cielo,
Cercado le oscuridad,
Tornada la sangre en yelo,
Solo podrá tu amistad
Aliviar mi desconsuelo.

LA ESTRELLA DEL SEPULCRO.

En la muerte del S.r Juan Ignacio Rendon.

Hombre justo, juez recto, padre honrado
Desde el empíreo sacro-santo asiento
Acoje grato el lastimero acento
Que con plectro de adelfas coronado
Alza mi musa á la región del viento.
Otros, más poderosos,
Inscribirán en tu marmórea tumba
Tus hechos generosos,
Y esparciendo podrán fragantes flores
Mostrar en luto al mundo su quebranto,
Y dar tambien á tu saber loores,
Y doloroso llanto;
Pero inmortalidad, sólo mi canto.
La plateada Luna
Hija de las regiones del Oriente
Que el ocaso del Sol tiene por cuna,
Se ocultaba en las nubes del poniente;
Cuando yo de tristeza poseído
Dando pasos inciertos
Vagaba solo, errante y sin sentido,
Por la mansión callada de los muertos.
No bien había al Dios Omnipotente
Hecho mi sacrificio,
Y dirijido mi oración ferviente,
Cuando una *estrella* pura y refulgente
Sobre el sepulcro apareció de *Ignacio.*
Luego á mi vista descorrióse el velo
Que el misterioso arcano me encubría,
Midió veloz el dilatado espacio
Sutil paloma, blanca cual la nieve,
Hasta tocar un globo de topacio
Que divinos fulgores esparcía
En su rápido vuelo,
Y la noche tornaba en claro día:
Era su alma que volaba al cielo.
Deudos que lamentais al justo *Agnicio,*
Caros amigos que llorais su suerte,
De la virtud el astro le es propicio;
Templad un tanto vuestra amarga pena,
Él vive en Dios, y para Dios no hay muerte.
Y tú, su *casta esposa,* y *compañera*
De su envidiable y fortunada vida,
Si á mi débil acento dado fuera